



# Discursio

## EL ESPÍRITU ABRE HORIZONTES.

La situación que estamos viviendo nos está recolocando a nivel personal y en nuestra misión. Mucho ha cambiado. Y hay proyectos, modos de proceder y acciones que han quedado atrás, lo que puede provocarnos sensación de cierto “vacío” pastoral. Pero los *discípulos misioneros* creemos que Cristo es el Señor de la Vida y que a Él no le gusta la nada, el vacío... Si hace huecos... es porque quiere llenarlos. **A Él nunca se le agotan las posibilidades.**

Si miramos lo que nos está pasando con ojos de fe, descubriremos que **Dios nos habla a través de todos estos acontecimientos** y nos da la posibilidad de vivirlo como un auténtico “*kairos*”: un tiempo favorable, un tiempo de gracia *«para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo necesario de lo que no es. Es tiempo para restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor»* (Papa Francisco, 27/III/2020).

Detrás de todo esto hay una llamada a la humildad, que no es otra cosa que vivir en verdad. Consiste en sentir un respeto razonable por uno mismo y por los límites y posibilidades de la condición humana. Es el equivalente cristiano de la autoestima: *“Gracias a la humildad, puedo descansar en mí mismo”* (Bruges). Pero hay que ir más allá en la apreciación de esta “virtud”. Recordemos las palabras de María en el Magnificat: *«El Señor ha mirado la condición humilde de su esclava... derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes»*. (Lc 1,48.52). **La humildad de María es una autoafirmación desde la conciencia de que todo cuanto somos, tenemos y podemos, es don de un Dios** que no fabrica basura y que nos otorga la condición de personas, de seres que se poseen a sí mismos y que, por tanto, son Dios a escala finita.

En este, nuestro primer mundo, quizás nos hemos sentido excesivamente seguros, y ha llegado esta tempestad -que ha puesto de manifiesto nuestra vulnerabilidad, lo limitadas y endeblas que son nuestras vidas-, y ha dejado al descubierto nuestras falsas y superfluas seguridades. Además, ha puesto en cuarentena nuestros proyectos y prioridades y ha deshecho nuestras agendas y programaciones pastorales.

Cuando nos situamos adecuadamente ante la “*misio Dei*”, de la que nosotros participamos, lo lógico es que nos sintamos pequeños, frágiles y, seguramente, inútiles, para atisbar la pastoral que hemos de impulsar habiendo cambiado tanto el modo de relacionarnos, de encontrarnos, de celebrar... Pero dejemos que resuene fuertemente en nuestro corazón la Palabra del Señor: *«Te basta mi gracia; mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad»* (2 Cor 12,9a), y ojalá podamos decir como Pablo: *«Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte»* (2 Cor 12,9b-10).

Es clave, para el presente y el futuro de la acción misionera, catequética y pastoral, estar atentos, como dice el papa Francisco, al *«soplo del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir presente (o bien, aquí estoy) ante la enorme e impostergable tarea que nos espera. Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos puede proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de hacer nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5)»*. (17/IV/2020)

Desde ahí, hemos de estar dispuestos a que la realidad que estamos viviendo y la que se avecina nos saque de nuestra zona de confort y nos haga reorganizar nuestra vida y nuestra misión de modo nuevo. Para ello, es necesario poner en juego nuestra creatividad y nuestro sentido práctico para buscar y encontrar nuevos modos y medios para seguir haciendo comunidad, orar y celebrar, anunciar el Evangelio, acompañar los procesos catequéticos y de maduración en la fe, y seguir sirviendo a los más necesitados.